

Todas las familias felices de Carlos Fuentes

Ignacio Solares

En pocas obras de la literatura actual, como en la de Carlos Fuentes, se advierte tanto la propensión a lo integral, a lo cósmico, que esconde, como su intención más secreta y fascinante, lo mejor del género de ficción. Un *aleph* tal como lo describió Borges: “El lugar donde están, sin confundirse, todas las cosas y todos los lugares del orbe, vistos desde todos y cada uno de sus ángulos”. *Aleph* literario, *aleph* de la memoria, *aleph* de la imaginación del que ahora Fuentes nos agrega una pieza clave a su vasta obra con *Todas las familias felices*.

Esa propensión a lo integral implica un afán por extender la narración a todo lo que es la vida, e incluso lo que puede haber más allá de la vida, de multiplicarse e involucrarse en innumerables personajes y situaciones, sueños, sentimientos e ideas, en voces y puntos de vista, hasta agotar su mundo —si es posible agotarlo— en lo más vasto, pero también en lo más mínimo, en todos sus niveles y desde todos sus ángulos, en todos los registros y en todos los lenguajes. Por eso el personaje principal en la obra de Fuentes ha sido el tiempo y sus edades, por la intención secreta del autor de anularlos. (“Time must have a stop”, escribió Shakespeare). Más

allá de temas y situaciones, es manifiesta la búsqueda de un cielo primero y último, el sitio en que la historia real no haya morrido, no haya medrado, la playa primigenia a la que arriba, desnudo, el protagonista de *Terra Nostra*, ese Adán renacido. En la obra de Fuentes los personajes resucitan siempre en esta misma tierra que los vio nacer, pero que el arte del novelista ha convertido en “otro” lugar. Por ejemplo, en *La muerte de Artemio Cruz*. “Vas a vivir... Vas a ser el punto de encuentro y la razón del orden universal... Tiene una razón tu cuerpo... Tiene una razón tu vida... Eres, serás, fuiste el universo encarnado... Para ti se encenderán las galaxias y se incendiará el sol... Para que tú ames y vivas y seas...”

También, ahí están las tres tesis de *Cumpleaños* que podrían ser también las de *Instinto de Inez*: “El mundo es eterno, luego no hubo creación; la verdad es doble, luego puede ser múltiple; el alma no es inmortal, pero el intelecto común de la especie es único e imperecedero”.

Resulta revelador, para comprender la obra de Fuentes, el diálogo permanente que realiza consigo mismo dentro de su obra, en la mejor tradición balzaciana. Por ejemplo, en una página de *Aura*, cuya pri-

mera edición data de 1962, encontramos ya en cierne el proyecto completo de *Terra Nostra*, que aparecerá trece años después. Se dice el personaje Felipe Montero: “Si logaras ahorrar por lo menos doce mil pesos, podrías pasar cerca de un año dedicado a tu propia obra, aplazada, casi olvidada. Tu gran obra de conjunto sobre los descubrimientos y conquistas españolas en América. Una obra que resuma todas las crónicas dispersas, las haga inteligibles, encuentre las correspondencias entre todas las empresas y aventuras del Siglo de Oro, entre los prototipos humanos y el hecho mayor del Renacimiento”.

Es significativo que en la novela más breve del autor —y trece años antes— se anuncie ya, con tal precisión, su obra más ambiciosa y de mayores dimensiones, la que seguramente le llevó más de ese año de trabajo y le costó también más de los doce mil pesos que, supuestamente, requería.

En otra de sus novelas, *Cambio de piel*, había quedado pendiente el tema que realiza plenamente en *Instinto de Inez*. Ahí, en un campo de concentración, un grupo de judíos cantan su propio responso al interpretar el *Réquiem* de Verdi. El director encuentra los instrumentos musicales

La característica mayor de estos episodios es la sensorialidad lujosa, la manera como se las arregla Fuentes para que las historias parezcan entrarle al lector por todos los sentidos.

en los sitios más insólitos y un deshollinador será el improvisado bajo. En algún momento el director habla de ese “otro” sitio en donde en realidad será dada la interpretación musical —por más que tengan ante ellos a sus propios verdugos— y, dice, “la voz humana, por serlo, se inventa una alegría que se adelanta a la tristeza de la muerte”. Esa misma voz humana —con su alegría implícita— que viene de la novela antes mencionada, *Cambio de piel*—editada en el año sesenta y siete—, es a fin de cuentas la verdadera protagonista de *Instinto de Inez*. Voz que, con su alegría implícita, lleva auestas el dolor, la invención del mundo, y hasta nuestra posibilidad de salvación.

“La música está a medio camino entre la naturaleza y Dios. Con suerte, los comunica. Nosotros los músicos somos los intermediarios entre Dios y la naturaleza.”

Otro tanto podría decir de la literatura: los escritores son los intermediarios entre Dios y la naturaleza. Porque las cosas no son como las vivimos, sino como las recordamos y, sobre todo, como las escribimos. Por eso nos dice en *Una familia lejana*:

—*Le he dicho que no podré entender esta historia hasta que termine de contarla.*

—*¿A pesar de haberla vivido? Insistí.*

—*A pesar de eso. ¿Qué relación puede haber, dígamelo usted, entre vivir algo y contar algo?*

Para quienes la literatura merece considerarse como una conquista verbal de la realidad, no hay mejor posesión de la cosa misma que su lectura: el conocimiento de su nombre verdadero (ese nombre oculto que aun sin proponérselo, todo escritor busca). Así, por ejemplo, la literatura es capaz de impregnar a ciertas ciudades y recubrir-las con una pátina de mitología y de imágenes más resistentes, mucho más resistentes al paso de los años, que su propia arquitectura y su historia “reales”, tal como ha sucedido con *La región más transparente*, el mejor acceso que tenemos ya a aquella ciudad, tan distinta a la de hoy. El propio Fuentes nos lo dice en un texto posterior, “Las mañanitas”, en *Agua quemada*: “Antes, México era una ciudad con noches llenas de mañanas. A las dos de la madrugada (...) ya era posible oler la tierra mojada del siguiente día, respirar el perfume de las jacarandas y sentir muy cerca los volcanes. El alba todo lo aproximaba, montañas y bos-



© Archivo fotográfico CONACULTA-INAH/CNFR

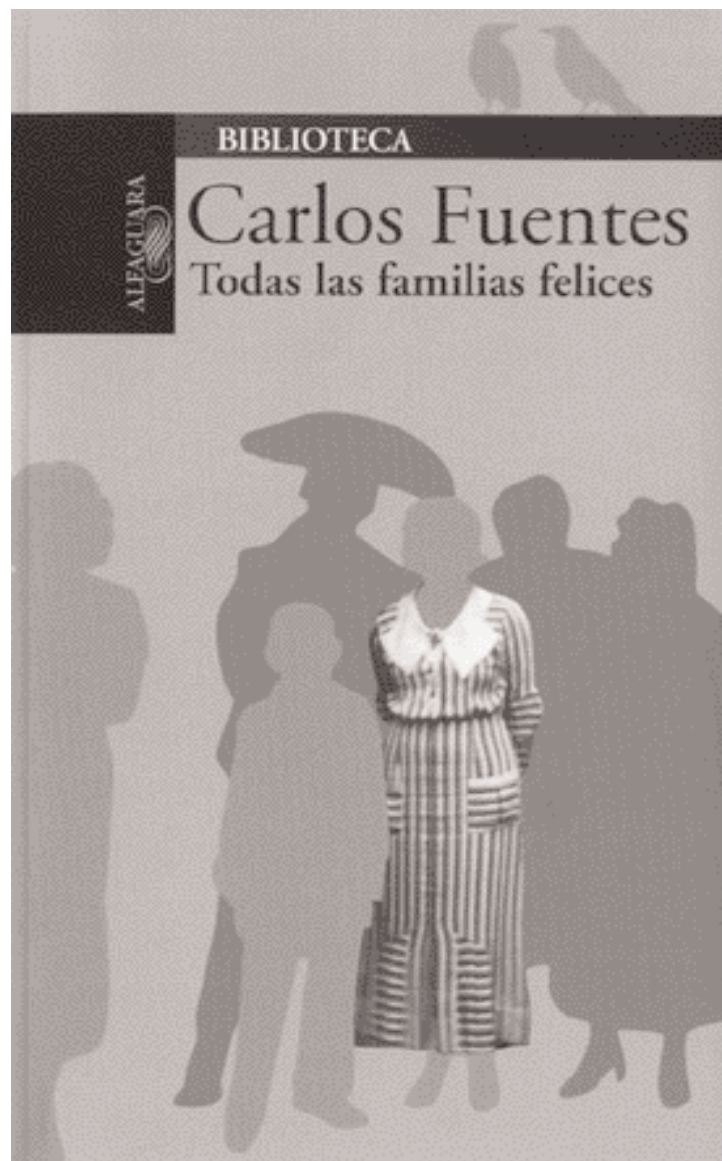
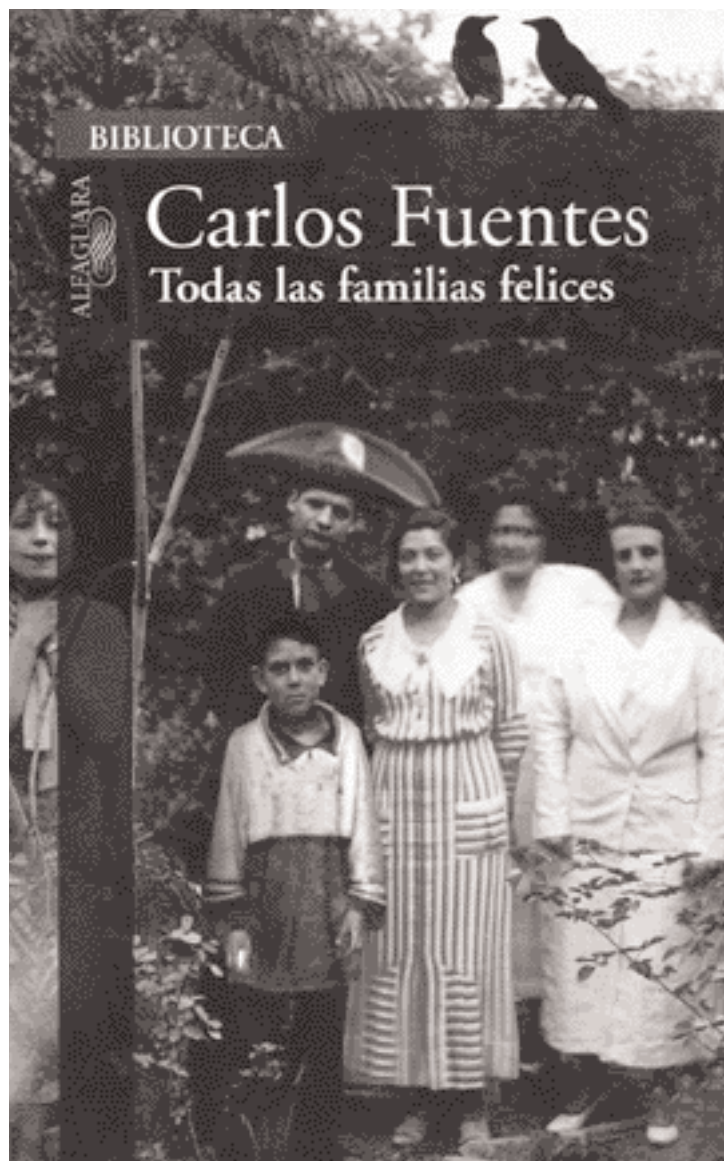
ques. Federico Silva cerraba los ojos para aspirar mejor ese olor único del amanecer de México; el rastro rápido de los légamos olvidados de la laguna. Oler eso era como oler la primera mañana. Sólo quienes saben recuperar así el lago desaparecido conocen de veras esta ciudad, se decía Federico Silva. Eso era antes, ahora...”

Ahora esa ciudad tiene un nuevo rostro en *Todas las familias felices*: “La Zona Rosa acabaría prostituida y prostibularia, exiliando su geografía móvil de restaurantes, cafés y boutiques a la Avenida Masaryk, de donde no tardaría en desplazarse el centro, ahora expulsado por bandas de asaltantes de autos, ladrones de relojes, familias enteras de rateros especializados en desvalijar casas, robar bancos, manejar ganzúas, asesinar a sueldo, pegar palizas y dar cuchilladas, alcahuetar y amancebar. Antiguos pensionistas sin pensión, prófugos de la justicia, simuladores... ¿Qué quedaba de la antigua Ciudad de los Palacios? ¿Un gran supermercado lleno de latas de sangre y botellas de humo? Sangre y hambre, artículos de primera necesidad de la ciudad-monstruo”.

Visión premonitoria de lo que —aún peor— sucede hoy en esta ciudad-monstruo

que, agrega Fuentes, “amenaza con comerse vivos a cada uno de sus habitantes, sean víctimas o victimarios”.

Volumen de dieciséis cuentos entrelazados por túneles subterráneos en torno a ese hogar-fortaleza que, aparentemente, nos resguarda y protege de las miradas exteriores, personajes que aparecen y reaparecen, a cada historia la sigue un coro-poema donde los sin voz toman la palabra: coro de madrecitas callejeras, coro de la familia asesinada, coro de los niños adoloridos... “Yo vengo de una familia en la que cada miembro dañaba de algún modo a los demás. Luego, arrepentido, cada uno se dañaba a sí mismo”. Un hombre que quiere obligar a sus hijos a que sean sacerdotes, otro que es humillado hasta la ignominia por su patrón, un comandante que debe escoger quién de sus dos hijos morirá, una mujer que sufre el sadismo de su marido por amor, una madre que le escribe al hombre que asesinó a su hija, un cura que esconde a su hija en una aldea, un niño minusválido que se confronta con el padre que lo abandonó... La característica mayor de estos episodios, además de la exactitud —nunca vacila ni yerra a la hora



de adjetivar—, es la sensorialidad lujosa, la manera como se las arregla Fuentes para que las historias parezcan entrarle al lector por todos los sentidos: la vista, el oído, el olfato, el sabor, el tacto. Pasajes algunos que corrían el riesgo de la efusión retórica o la sobrecarga emocional, la confusión o el desvarío, pero que por obra del poder y la belleza de la prosa se han vuelto límpidos y precisos. Vasta y ambiciosa composición musical en la que ciertos temas y seres se insinúan, desaparecen y luego reaparecen, dentro de un movimiento armónico integrador y sintético que, en un momento dado, se nos impone como un mundo compacto y suficiente. La Ciudad de México real es el libro mismo.

Esa sustancia inmaterial, huidiza como el azogue, y sin embargo esencialmente humana que es la vida hecha literatura, imagen, recuerdo, es el prisma a través del

cual el narrador de *Todas las familias felices* va refiriendo las diferentes anécdotas y mostrando el mundo horroroso —pero siempre fascinante— en el cual suceden. Y ello se debe a la cargada atmósfera que, desde las primeras líneas, logra transmitirnos: la de una realidad atroz pero suspendida y sutil, en donde aún la materia inmundada y en descomposición —“A nuestra ciudad nos la condenaron a muerte”— parecería, sin embargo, haberse contaminado de cierta idealidad poética y estar disolviéndose íntimamente, dotada de la misma calidad evasiva que la luz, que los olores y colores, que las dolorosas y a la vez tiernas imágenes de la memoria. En este sentido, al combatir —pero así como combate el viento con las banderas— contra la realidad-real en todas sus acepciones y formas, el novelista-poeta se convierte en el gran rebelde. Porque no le bastan este mundo y sus utopías

y atrocidades: hay necesidad de crear *otro* mundo, aunque sea sólo en el papel, dentro del universo particular del libro. “Señor de los milagros que estás escondido en cualquier sitio y en cualquier letra que leamos”, decía San Agustín.

Así, a través de su lectura, el mundo de *Todas las familias felices* se añade al nuestro y nos lo aclara y nos lo hace más habitable, ayudándonos a entendernos en tanto sus propias claves y en tanto que ilustra nuestra condición como habitantes de esta ciudad y de este país. Nuestro sentido de identidad —por más subjetivo que esto suene— nunca será el mismo antes y después de leer a Carlos Fuentes.

Como toda gran obra literaria, *Todas las familias felices* completa y complementa nuestras vidas, añadiéndoles algo que ellas, por sí mismas, nunca serían ni tendrían ni verían ni sentirían. [U]